

## Capítulo 15 – Osterzone

Antes de todo aquello, había tenido un entrenamiento... Difícil, con la unidad 7. Cuando manejaba la unidad 6 había unos vínculos emocionales más fuertes que los que tenía en aquel momento con Doncella y con Arancel. No es que protestaran, no es que se quejaran, era su forma de obedecer, su forma de dudar. Le dije a Arancel: ¡Dispara! Y me miro primero, y luego disparó. Me miró como si estuviese pensando: “Debo obedecer, es la palabra del Terrible”. No tengo ninguna autoridad, sólo la palabra del Terrible es la que me sustenta, y con otra palabra suya podía quitarme de mi lugar. No es lo mismo ser obedecida que ser una líder, no es lo mismo ser acatada que ser entendida. Soy buena manejando grupos de personas, por eso supe enseguida que en aquella unidad no tenía la autoridad que tenía Nero. Si Doncella y Arancel se hubiesen dado la vuelta y me hubiesen ignorado, no hubiese tenido nada para hacerles dar la vuelta. Sólo hubiese tenido a Umbra a mi lado, pero cada vez veía más fuerte en su mirada la chispa de la locura. Era un chispa pequeña, tímida, pero era la semilla de una mujer que había perdido algo irremplazable en su vida. Me recordaba de alguna forma al hombre cuya mirada instintivamente estaba evitando desde hacía un tiempo, Juan el Terrible. La sensación de que conocía mi secreto, aunque infundada, no paraba de crecer dentro de mí. Aquella falta de confianza no era propia de mí, creo que por eso llamé a Gabriel.

Liliana estaba en un estado mental confuso. Por un lado su cuerpo y su mente tenían la misma desagradable sensación de fragilidad que tenía cuando tenía una visión, pero por otro lado trataba de concentrarse en que le llegase otra, algo que le permitiese saber donde podría estar Jorge. Que él no hubiese estado cuando aquella gente había venido a buscarlo no parecía ser mera casualidad, pero eso no significaba que estuviese a salvo de nada.

Tenía en una mano las llaves de su garaje y en la otra su móvil. Esperaba impacientemente a Gabriel. Quizá lo más práctico hubiese sido darle una foto y que ambos hubiesen cubierto más área, o incluso podrían haber contactado con la policía. Isidora seguramente lo haría en cuanto pasase el tiempo mínimo para que una desaparición pudiese ser denunciada, por eso tenían que encontrarlo antes. Todavía estaba en su cabeza el enigma del ángel que había pintado, y estaba convencida de que el Nuevo Edén, de una forma o de otra, estaba detrás de eso.

-Rápido, no perdamos más tiempo, dime que ha pasado -dijo Gabriel-. Tengo el taxi esperando, vamos ya.

-¿Taxi? -dijo Liliana-. Dile que se vaya, vamos en mi coche.

-¿Tienes garaje privado?

-Lo construyeron los del edificio de enfrente cuando vivían unos cuantos ricachones. ¡Vamos!

El coche de Liliana no era ostentoso, pero no había más meterse dentro para reconocer que tampoco era barato. Gabriel no se podía creer por dentro el coche y el garaje en el que lo guardaba Liliana, pero no creyó que fuese el momento para hacer ninguna pregunta.

-Mira esto -dijo Liliana mientras señalaba la pantalla del navegador a bordo-. Es la grabación de la cámara de mi casco de mi última operación.

-Es la iglesia ¿No? -preguntó Gabriel-. He podido ver parte de la misma, estuve presente en la sala de operaciones cuando eso pasó. ¿Cómo tienes eso aquí?

-Todo el mundo coge cosas de la oficina. Es una copia sin sonido. Mira al fondo, en las cristaleras y compáralo con el dibujo que te he mandado antes a tu móvil.

-¿A dónde vamos?

-Mira primero el dibujo.

-Lo veo. Son... ¿Son iguales? ¿Qué significa eso?

-Así es. El dibujo es del chico desaparecido. Creo que sé donde puede estar, conozco al hombre que

compró el cuadro. Tocaba en una cafetería que está un poco lejos.

-¿Encargó esto? ¿Sabes de qué es este dibujo? Es muy parecido a una colección antigua de comienzos del pintor loco, el que tiene un instituto en la ciudad, Zurqués.

-¿Qué?

-Lo conozco bien porque aparecieron una serie de imitaciones en un caso y me acabé haciendo un experto en el cuadro. No es exactamente igual que el original claro, pero se le parece muchísimo.

¿Seguro que lo ha pintado él?

-Sí, estoy convencida. Ese mierdas de Zurqués tiene que estar en esto, ¿Verdad?

-Debe estar relacionado, pero aún es pronto para saber si es víctima o verdugo. ¿Sabes lo que haces?

-Sí, lo sé. O eso creo.

-Este hombre... Le das un contrato y ya no te coge las llamadas -dijo Marcos-.

-Es tarde, ¿Por qué sigues en tu despacho?

-Soy el número 2 de Destino, está en mi sueldo. La pregunta es: ¿Qué haces tú aquí todavía? Creo que los malos no se acuestan tan tarde.

-Veo que sigues teniéndote en alta estima. ¿Estás bien?

-Te pagamos para que proporciones seguridad, no para que seas la psicóloga. Si quieres hacerlo gratis, por mi encantado.

-La seguridad puede ser a veces algo más que la mera existencia, o la salud. ¿Tienes algún problema con que me preocupe por ti?

-No tienes por qué.

-Sé cómo te ve todo el mundo, y sé como eres en realidad. Es lo que tiene la compañía, que acaba forjando vínculos más fuertes de los que somos capaces de controlar. Sé cuando vuelvas a casa dejarás de ser el magnífico Aurelio y seras meramente Marcos, el parálítico quejica que disfruta mirando por la ventana.

-Yo no disfruto mirando por la ventana. Cuando era un niño y no podía andar miraba por a través de ella como los demás corrían por la tierra y se llenaban de barro. Me hubiese gustado volver a casa algún día echo un asco de jugar por ahí, pero nunca pude. Mis padres no tenían medios, y no les puedo echar la culpa. Lo hicieron lo mejor que sabían.

-Esa es la parte de ti que nunca podrá estar seguro, a menos que alguien se preocupe por ti a estas horas de la noche. Me retiro, veo que aún tienes cosas por hacer.

-Buenas noches.

-Igualmente.

Una voz sonó por el intercomunicador.

-¿Estás listo ya? -dijo el Terrible a través del micrófono-.

-¿Estabas escuchando?

-Eso debería ser tan irrelevante para ti como lo es para mí el contenido de la conversación, sólo quiero saber si ya estás listo.

-Sí, lo estoy. ¿A qué hora esperamos la transmisión?

-A las tres de la noche, como las otras veces.

-Aún queda un buen rato, ¿Qué quieres que haga?

-No conocemos bien los datos del emisor, pero estoy convencido de que no nos es completamente desconocido. La dirección en la que se intenta comunicar con nosotros no es la estándar. Nos conoce bien.

-¿Y entonces? ¿Quieres que MARIA tire de memoria?

-En resumidas cuentas, sí. ¿Puedes hacerlo desde tu despacho?

-No estoy seguro, ¿Por qué te preocupas? Puedo ir yo sólo hasta ahí.

-Ahora mismo tenemos un nivel de seguridad igual a 0. Aun con los militares fuera, abrir de forma no prevista los sótanos inferiores podría poner en alarma a todos los trabajadores que no se lo

esperen. Además, podría también ser peligroso.

-¿Peligroso? ¿En qué piensas?

-Sabes en lo que pienso. La llamada podría estar haciéndose desde dentro, eso explicaría bastantes cosas.

-¿Por qué has esperado a utilizar el MARIA hasta ahora?

-No estoy seguro, pero creo que es lo que quiere él que hagamos. He estado reforzando las medidas de seguridad informáticas, pero prefiero que estés tú delante por si intentan un ataque.

-Como quieras. Creo que tengo acceso, podré apañármelas desde aquí.

-Bien, configura lo que tengas que configurar y descansa el rato que puedas. Todavía queda un rato, alguien te despertará cuando te necesite.

Aquella era la primera vez que Marcos se preocupaba por lo que pudiese o no saber de él el Terrible. Nunca le había importado tener ese ojo vigilándolo todo, él mismo se había encargado de crear muchos de los sistemas que se utilizaban para ese tipo de tareas, pero ahora era distinto. Cada vez se estaba volviendo más inseguro. Le hubiese gustado poder bajar a MARIA, sentirse a cubierto del mundo, de sí mismo, pero aquella noche no obtendría el cálido abrazo que necesitaba. Notaba como el veneno que era Lucilda cada vez se hacía más tentador. Tenía miedo, no de lo que ella hubiese hecho, sino de lo que pudiese hacer. En las últimas ocasiones había quedado más que claro que aquella no era mujer de Destino, que no era una mujer del Terrible. Era una mujer del estado, y de todo lo que había detrás de él, era una mujer de John Naic. Pero eso no impedía que él hubiese acabado amándola. Le gustaba la sonrisa que ponía cuando le miraba y el tono con el que le hablaba cuando no había nadie más. A un hombre como él, número dos de Destino, le gustaba salir de aquel ambiente de vez en cuando, incluso aunque no fuese físicamente. Le gustaban de Lucilda todos aquellos detalles que en el fondo eran los que menos representaban lo que ella era. Le gustaban aquellos destellos que evidenciaban la existencia de una mujer que a día de hoy no existía, pero que podía existir en otro lugar o en otro momento, y creía que de algún modo esa mujer le correspondía. Claro que ella no era la única que hacía que su corazón latiese de forma peculiar ante el atisbo de una mirada recíproca. Umbra era también muy bella a sus ojos aunque nunca se había atrevido a decirle nada, siempre se había sabido que entre ella y Rafael había algo, o que había el potencial para haberlo. Y ahora con Rafael muerto... Nunca se atrevería a tocarla siquiera como muestra de respeto, aunque tampoco creía que tuviese ninguna posibilidad. En ese aspecto seguía siendo como ese niño pequeño, que miraba por la ventana a los demás niños mientras deseaba por dentro llenarse de barro de la misma forma que ellos. Sabía que ella Umbra estaba bien psicológicamente, pero poco podía hacer por ella. Había intentado sacar algo de MARIA que le fuese de ayuda, pero MARIA no funcionaba así, y mucho menos a placer suyo.

Al hilo de sus pensamientos, se quedó dormido en su despacho mientras miraba por la ventana.

Las luces se apagaron y quedaron iluminando de forma tenue la sala. Aquel no era el comportamiento esperado, pero el Terrible hacía mucho que había dejado de impresionarse por aquellos detalles menores cuando se trataba de enfrentarse a todos aquellos que se habían vuelto su némesis personal desde hacía ya muchos años.

-Eres un hombre de costumbres, como cualquier otro hombre.

-No soy un hombre como tú -dijo la extraña voz metálica-. No soy un hombre de la misma forma que tú lo eres.

-Habla rápido, no quiero perder el tiempo.

-¿Me esperabas? Sí, estoy convencido de ello. Mientras peleamos sin sentido es cuando perdemos el tiempo. Dime, Juan, ¿Acaso te crees tan distinto a mí? A los juicios de dioses y hombres, eres mucho peor que yo. Yo traigo la paz, traigo el nacimiento.

-Los nacimientos, especialmente el que hablas, nacen en sangre y en caos.

-¿No entiendes que toda esa sangre se puede borrar? ¿No entiendes que todos los pecados pueden

ser deshechos? Soy el avatar de la resurrección del hombre, de su mente y de su cuerpo.

-Eres un mentiroso con problemas de ego. ¿Cuál es el motivo de tu llamada?

-¿Mentiroso? ¿Acaso no eres tú un hombre que se engaña a sí mismo? ¿Acaso crees que todas tus acciones han sido rectas y justas? ¡Sólo queda uno! ¡Sólo queda uno para que mis serafines se conviertan en los campeones del nuevo mundo! ¿Sabes por qué llamo? ¿Sabes por qué hablo contigo cada determinado número de días? Para asegurarme que no entiendes nada.

-Entiendo la vida mejor que un degenerado asesino con delirios de grandeza.

-No. Tienes el poder, tienes el conocimiento, pero no ves la luz. Te enseñaré mi luz, Juan, le enseñaré mi luz al mundo. Podrás dejar de ser el Terrible, podrás volver a ser Juan del Temple.

-Ni se te ocurra mencionarlo.

-¿No? ¿Qué me vas a hacer? ¿Acaso eres ciego? ¡El Cielo se tambalea Juan! ¡No hables como si no lo supieses! ¡No hables como si no fueses el mismo Rey Carmesí!

Las luces volvieron a su estado normal, y la voz dejó de sonar.

-¿Aurelio? ¿Tienes alguna pista? ¿Departamento de comunicaciones?

-¿Ya? -dijo Aurelio-. Yo no he oído nada, sigo esperando que recibamos alguna señal de comunicación.

-No hemos recibido nada que pueda interpretarse como una señal de audio -dijo el técnico de comunicaciones por el comunicador-. ¿Quiere alguna comprobación adicional, señor? Aunque le advierto que los sensores son claros, aquí no ha pasado nada.

-Doy por concluida vuestra jornada, regresad a casa.

-Escucha, sé que no quieres oír esto, pero ya es muy de noche, no vamos a encontrar nada -dijo Gabriel mientras la miraba en el coche-.

-No, aún podemos hacer algo.

-¿El qué? Es tarde para seguir buscando, pero podemos hablar con la policía, con Destino... Si tiene que ver con el Nuevo Edén todo esto, tendremos el control completo de la búsqueda.

-¡No!

-¿Pero qué es lo que esperas?

-¿Me vas a decir quién es? ¿O tengo que averiguarlo? -dijo Gabriel-.

-No te preocupes -dijo Sariel-. Él mismo te dirá quién es. No esperabas que te encontrase, ¿Eh?

-No -dijo Uriel-. Y si yo no lo creía, ten por seguro que nadie más lo hacía. Hiciste bien en irte, me alegro de no haber actuado en tu contra entonces. Yo hice lo mismo poco después.

-Dile a él quién eres, o quién eras, antes de seguir. Seguramente conoce a tu sustituto mejor que tú mismo, pero creo que es demasiado joven para haber trabajado contigo en activo.

-Bien, no le daré más vueltas -dijo Uriel-. Mi nombre es Uriel Lucanor, y fui el Oráculo del Rey Carmesí. Sí, fui miembro del Nuevo Edén, hace ya muchos años. Estoy profundamente arrepentido de esos años, si es lo que me ibas a preguntar.

-¿El Oráculo?

-El Rey Carmesí no habla como tú o como yo, no habla como las personas normales. Para escuchar su palabra hay que poseer un don especial, la capacidad de escuchar más allá del sentido del oído normal.

-¿Quién es él? ¿Quién es el Rey Carmesí? -dijo Gabriel-.

-No lo sé. Nadie lo sabe con certeza, salvo sus serafines, y esos nunca hablan. Él, en cambio, habla a través de ondas distintas a lo habitual. Al don de ser capaz de percibir esas ondas de forma natural lo llamaron "Oír a los Ángeles". Yo tengo ese don, él también lo tiene -dijo Uriel señalando a Sariel-. Y puede que tú también lo tengas, pero no te hayas percatado. Al fin y al cabo has llegado muy lejos, por algo será.

-¿Y quienes son los serafines?

-Tampoco lo sé -dijo Uriel-. Sencillamente aparecieron una vez. Es difícil decir nada de ellos, ni

*siquiera yo conozco su naturaleza. Ellos poseen un don mucho más fuerte aún que el mío, son capaces de comprender todas las palabras que vienen del vacío. Yo como Oráculo me encargaba de recopilar lo que oía en unos cuadernos, y de transmitir el mensaje de la Biblia Negra. Cuando los serafines eran nombrados en ella, siempre eran llamados Profetas. Ese es el nombre que se les da internamente.*

*-Dime algo, Uriel. ¿Por qué no me detuviste cuando escapé? -preguntó Sariel-. ¿En aquel momento aún eras un fiel devoto?*

*-Sí, lo era.*

*-Entonces... ¿Por qué?*

*-Aquella mañana hoy algo distinto a lo que solía oír. No sé bien como expresarlo, pero era distinto. Me pedía que te dejase machar. No era una profecía, no era una orden o una promesa, era un ruego. El Rey Carmesí nunca rogaba.*

*-¿Sólo por eso?*

*-Sí*

*-Siempre había creído que había un gran motivo, algún gran mandato o alguna gran revelación detrás de aquello, pero nunca me había atrevido a preguntar.*

*-¿Te parece poco? La Verdad no está siempre en la majestuosidad, en las grandes palabras o en las grandes profecías. Para mí fue una gran revelación, nunca había oído un ruego así, no sabía que había alguien más allá del mismo Rey Carmesí.*

*-¿Sabéis que estoy alucinando? Eres la persona que he deseado conocer desde hace muchos años. Tengo contactos con gente cercana, pero nunca había tenido a un arrepentido que había estado en la cumbre de la pirámide -dijo Gabriel-.*

*-Es tu turno -dijo Sariel-. Él ha llegado a mí y yo he llegado a ti. Tú ya habías visto todo esto, ¿No?*

*-El mismo día que me fui. Vi esta misma imagen. Eso fue lo que te dije la última vez que nos vimos, ¿Recuerdas? Cuando ocurrió lo que tú ya sabes con Juan del Temple.*

*-Sí. ¿Era esto?*

*-Así es. Queda otro, otro como nosotros. El último, ese al que las voces del Vacío, aquellas que no eran el Rey Carmesí, llamaban El Redentor.*

*-Pues llévanos -dijo Gabriel abriendo la puerta hacia el exterior-. Quiero ver como acaba todo esto.*

Liliana volvió en sí. Había conseguido ver la dirección. Era lejos, pero llegarían. Tenían que llegar.

*-Tengo una idea -dijo ella sin profundizar nada más-.*

*-Como quieras -respondió Gabriel-.*

Una luz rojiza iluminaba el restaurante, a juego con la gama cromática de la decoración de la sala. Aquel era uno de los sitios más exclusivos de toda Europa, y personas de todo el mundo iban a comer únicamente para afirmar su estatus. El sitio era llamado “El Árbol” porque estaba construido sobre el que se suponía que había sido el antiguo parque natural de Berlín, que a base de heladas y sequías, había quedado completamente deshecho hacía ya muchos años. En una de las esquinas, en un sitio discreto, una pareja estaba cenando.

*-Prometiste que te encargarías de ellos de una forma más... Humana que ese fanático al que nos hemos visto obligados que recurrir -dijo una mujer que estaba cenando con John Naic en la mesa-.*

*-Así es. Pero ambos sabemos que tú cuando hablas de “humano” no quieres decir empatía, quieres decir comprensión. Te desconcierta el Terrible, ¿Verdad?*

*-¿Tú también lo llamas ahora así? No me digas que estás entrando en su juego.*

*-Eso está aún por ver. Esta es una guerra compleja, no podemos sencillamente ignorar su ideología o tratar de exterminarla sin crear más conflictos. En esta sala, por ejemplo, no hay nadie que simpatice con el Nuevo Edén, pero antes de cruzar la esquina de esta misma calle podríamos encontrarnos con alguien que sí lo hiciese. No es de extrañar, esta área ha sido muy castigada por el*

clima y la gente está dispuesta a entregarse a los brazos de cualquier esperanza que le ofrezcan, por mucho que estos estén ardiendo.

-¿Y? A mí no me importa que simpaticen con lo que quieran, yo lo que quiero es que dejen de ser una amenaza. ¿No podemos promover una rama más moderada o más amable? Promételes dinero y reconocimiento, o lo que sea que busquen, no me importa, te seguiremos apoyando.

-No es tan sencillo. Eso es resolver un problema aplicando nuestra escala de valores y nuestra ideología, pero todos aquellos que forman los núcleos duros y numerosos del Nuevo Edén tienen una forma muy distinta de entender lo que para nosotros es comúnmente aceptado.

-¿Y por qué crees que te hemos apoyado? No habrías ganado sin nosotros.

-Necesitamos un fanático, otro como ellos, que entre en su juego. El Terrible es ese hombre, una espada de doble filo, quizá, pero nos será útil hasta que tengamos toda la información que tengan que ofrecernos los sectarios.

-Recuerda que nos prometiste esa información.

-Y haré honor a mi palabra, como siempre. Además, tampoco tenéis mejor caldo de cultivo donde elegir, cada hombre y mujer que forman parte de esta batalla es una pila de contradicciones y de tormentos, lo que los hace mucho más manejables con los debidos métodos de control. Nuestros soldados están tan locos como los suyos, empezando por el mismo Terrible, que es un fanático de una religión que nadie más que él conoce y que sólo profesa él mismo. ¿Crees que lucha por nosotros? No, tiene intereses personales muy fuertes, como el mismo doctor Fausto cuando funda la iniciativa Destino.

-¿Y por qué parece que todo se está yendo de madre en último año si tenemos a los mejores?

-Escucha, ya te he dicho que tu lógica que no se aplica a su forma de pensar. Tener al mejor hombre a nuestro servicio, aunque sólo sea sobre el papel, les ha hecho mejorar en pocos años. Eso hará que el botín sea más suculento. Antes se estimaba que tenían unas 2000 personas en territorios declarados no habitables y ahora tienen aproximadamente el triple.

-Eso lo sé mejor que tú. Sólo con los datos del tren de Croacia hemos iniciado en el último año varios proyectos de repoblación. Pero no quiero que seas Ícaro, acaba esto cuando puedas, me da igual cuan de valiosos sean sus científicos o sus ingenios, quiero al Nuevo Edén finiquitado o benigno. No quiero que se quemen nuestras alas por arriesgarnos e ir al sol.

-No entiendes, ellos tienen su rey y ellos tienen su ley. Pero este rey no es como cada presidente, que tiene poder en su territorio, este rey ya tiene poder en muchísimas zonas de la Tierra, y no piensa renunciar a ninguna de ellas. Sus creencias son extremadamente intrusivas, no descansarán hasta que hayan sido aceptadas por todo el globo.

-¿Y cómo piensan hacerlo?

-Tienen un plan, eso seguro. Pero hablan con muchas metáforas, es difícil de distinguir lo físico de lo espiritual. Pero ese “renacimiento” del que hablan... Creo que es real, ellos tienen algo que puede hacer lo que desean, y creo que es lo que están aplicando para repoblar territorios.

-¿Acaso te crees sus tonterías?

-¿Me crees su metafísica? ¿Me crees su filosofía? No, por supuesto que no. Pero eso no quiere decir que no sean poderosos. Tienen un poder que a veces va más allá de la obediencia.

-¿Poder? Tú y yo tenemos poder. Matar gente no es tener poder, cualquiera puede hacerlo. No son poderosos, el mundo puede vivir sin ellos. El poder viene de la necesidad, nadie tiene por qué tener necesidad de ellos en más de un lustro si haces aquello para lo que fuiste nombrado presidente.

-Tú no me nombraste, la gente me votó. ¿Qué se tragó tu publicidad? La gente se dejó manipular pero no por ello dejan de ser ellos los que eligen. Pero no me sorprende que pienses así, la verdad es que tenía mucho interés en hablar contigo.

-¿Por qué?

-Porque quería comprobar como funciona exactamente la mente de aquellos que ya han sido derrotados. ¿Quieres poder? Tengo en mi oficina más de 400 reclamaciones de gente que afirma que sus familiares han sido llevados a tus ciudades con documentos falsos de traslado o con órdenes de arresto que sé que son falsas. Están utilizando toda tu infraestructura y a buena parte de tu plantilla para reclutar más gente o puede que para secuestrarla. Costará años limpiar tus empresa de esta

plaga. ¿Sigues creyendo que no tienen poder?

Liliana y Gabriel estaban delante de la puerta del piso que se suponía que era de Uriel Lucanor. La casa estaba muy alejada del centro histórico o económico de la ciudad, y no parecía ser un edificio muy nuevo, pero aún así se notaba que había sido varias veces renovado, por lo que las apariencias parecían ser poco fiables.

-Sí, esta es la casa -dijo Liliana-.

-¿Cómo lo sabes?

-Recuerdo haberle oído hablar alguna vez sobre ello a Jorge, pero hasta ahora no me había venido a la cabeza.

-Mira la cerradura, está forzada.

-No lo veo, ¿Cómo lo sabes?

-La cerradura no está desgastada, ha reaccionado a una aleación distinta. Las cerraduras modernas están hechas cada una de aleación perteneciente a un grupo muy específico, que suele reaccionar pelándose u oxidándose si entra en contacto con otro metal distinto a ellas mismas.

-La llaves se hacen del mismo material entonces, ¿No?

-Sí. Tenían la llave, pero era de otro material. No era la llave original.

-Está abierta, vamos a entrar.

El piso tenía un gran pasillo con la sala de estar al fondo, y la cocina a la derecha. No se veía mucho más. Había un rastro de sangre importante en el suelo.

-Mierda. Voy a sacar la pistola, toma mi móvil -dijo Liliana sacándolo de su bolsillo-. Marca el 124, y llama si notas que se mueve algo que yo no vea.

-¿Qué es el 124?

-Destino. Sabrán que llamo yo por algo y mandarán a alguien. Vamos a entrar.

Gabriel se colocó detrás de Liliana que iba pistola en mano. La cabeza le empezaba a arder, no era la primera que veía todo aquello. El pasillo, la escena, el cuarto...

Primero fue el olor, el hierro de la sangre se infiltraba por los pulmones y causaba un desagradable olor. Luego fue la vista, otro gran charco de sangre en el suelo. Luego vino el miedo, la falta de ruido, la sensación de muerte. Luego vino la certeza. Uriel Lucanor estaba colgado hacia abajo, completamente lleno de sangre y con los brazos extendidos. Al igual que el doctor, al igual que Rafael.

Liliana empujó a Gabriel y salió corriendo hacia fuera del piso para no vomitar en aquella escena del crimen. Gabriel no hizo nada, se quedó parado, observando la naturaleza de aquel crimen. Era exactamente igual que los otros dos, pero no sabía por qué, ni siquiera estaba seguro del cómo. Le vibró el teléfono a Gabriel, Isidora lo estaba llamando.

-Perdona que te llame -dijo Isidora-. Tu amigo, el que ahora es también mi vecino, me ha dado tu número.

-Sí, Mario... Escucha, señorita Vargas, esto que le tengo que decir...

-¿Qué vas a decir? ¡Jorge está bien! Me acaba de llamar, dice que está sano y salvo. Tiene miedo, pero está en un sitio seguro. Dice que no sabe cuando podrá salir de su escondite, pero que sabe que la línea por la que me ha llamado es segura, así que podremos hablar a diario.

-Entiendo, voy a hablar con Liliana. Necesito todos los datos de tu chico, me encargaré personalmente de la investigación. Tengo la certeza de que es muy importante en todo esto.

-¡No puedo creer que tenga a un chico aquí! ¿Sabes lo que me van a hacer como te pillen? Mejor

dicho, ¡Como me pillen!

-Mi madre estaba preocupadísima cuando he hablado, y me ha dicho que han venido a buscarme unos hombres extraños. Creo que Uriel tenía razón.

-¿Entonces no te he disfrazado de chica antes para nada?

-No. Creo podrías haberme salvado mi vida.

-Para eso estamos los Rami, ¿Verdad? La verdad es que soy buenísima, Isidora nos ha mirado cuando subíamos de reajo y no se ha dado cuenta de que eras tú.

-Sí, supongo que ha sido bastante femenino este día. En fin... Espero que todo salga bien.

-Seguro que sí. Vas a tenerte que echarte Dios sabe cuanto tiempo aquí y sin poder salir según el hombre ese, pero bueno. Pobre mujer, tener a su hijo unos cuantos pisos arriba y no saberlo siquiera

-finalizó Sara-